



UNA AMENAZA DEL FUTURO

EL FIN DE LA VIDA PRIVADA

Ante los viejos sistemas de investigación, el hombre podía defenderse. Con el megacomputador, objetivo y glacial, sin fallos de memoria, no quedará la menor oportunidad: el individuo no sólo carecerá de vida privada, sino que ni siquiera será dueño de su propia vida. Tarjetas y fichas.

Un informe de Jean Francis Held

MANNIX, el superdetective de la televisión, es un hombre de acción. Cree en el cerebro, en el judo y en la iniciativa. Su glacial jefe, por su parte, confía más bien en la electrónica. A la hora H los computadores de la agencia se tragan sus tarjetas perforadas, las pequeñas bombillas se encienden y el asesino es identificado, analizado, previsto y capturado. El computador conoce hasta la marca de dentífrico del sospechoso, así que sólo queda poner una trampa en su cepillo de dientes...

La «detective-ficción» es divertida. Excepto cuando uno se da cuenta, lo que no resulta tan fácil, de que el jefe no es, en el

fondo, más que un gentil retrasado y de que sus computadores son benignos juguetes comparados con los vastos sistemas que empiezan a mirarnos en el blanco de los ojos.

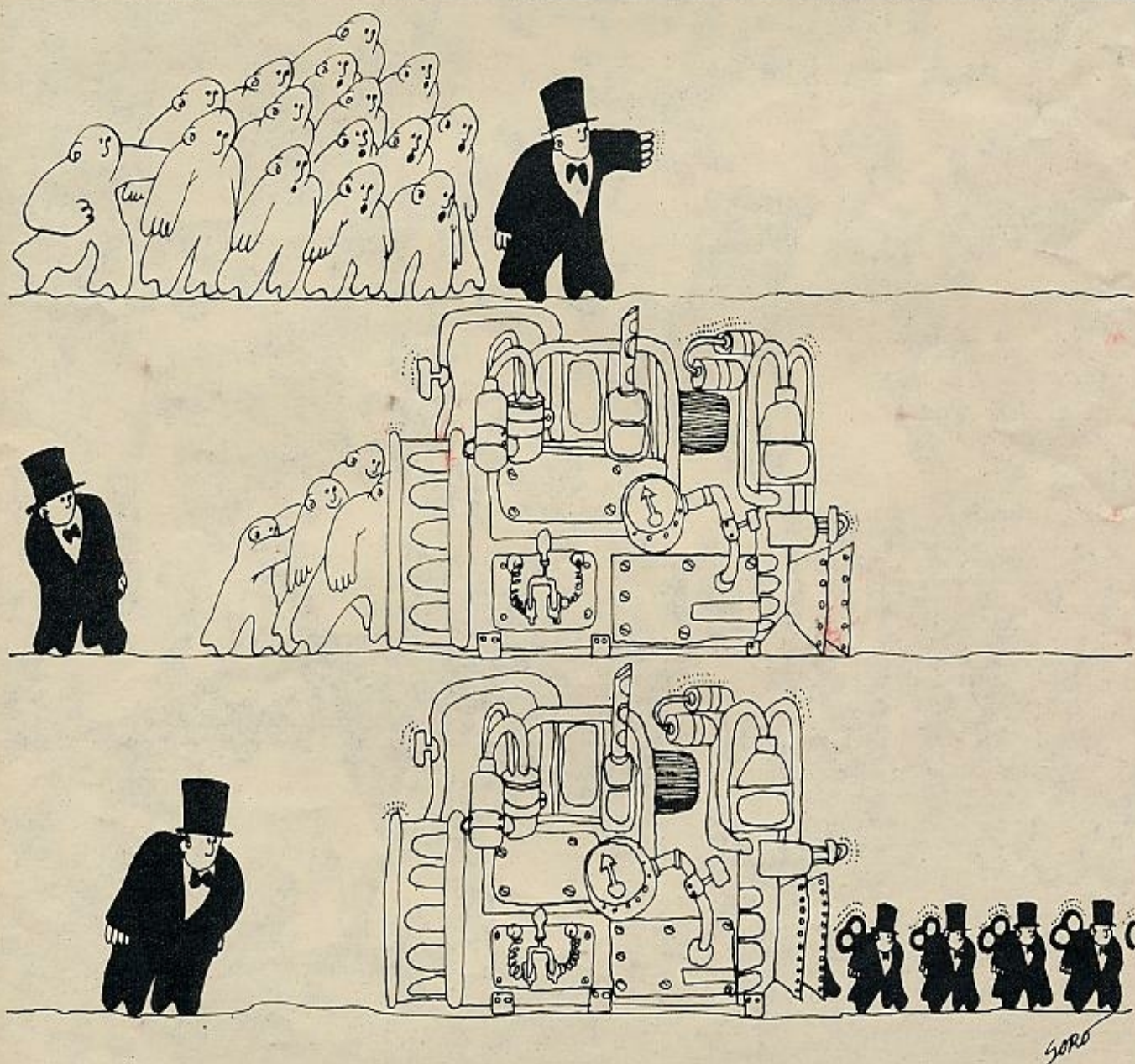
Hay que tomar distancias y reflexionar para darse cuenta de ello, hasta tal punto es «natural»: estamos inventariados, fichados y disecados, rodaja por rodaja, hasta el punto de que la famosa libertad individual con la que las buenas gentes nos dan la lata se convierte en un ligero barniz hipócrita, casi en una coartada. Bajo la presión de una sociedad cuyos motivos son muy discutibles, la vida privada se resquebraja, se llena de agujeros y se hace

permeable como un encaje. Se trata de una ofensiva formidable y solapada, que intentan denunciar las grandes autoridades consideradas imparciales.

Varios países han intervenido en la ONU, gracias a la iniciativa del jurista francés Pierre Juvigny, para defender la vida privada amenazada, y han logrado que se abra una encuesta. Los magistrados internacionales se reúnen acá y allá. En Teherán, con ocasión del vigésimo aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, se lanzó un grito de alarma. Dentro de unos meses va a celebrarse en la UNESCO un coloquio sobre la defensa de la vida privada. En Ginebra, la

Oficina Internacional del Trabajo se inquieta al ver a los hombres etiquetados y clasificados como herramientas en un manual. Pero las puestas en guardia morales no cuentan demasiado ante la invasión universal de las fichas.

Abran sus carteras, abran sus dossiers profesionales y privados, piensen en todas las imágenes de ustedes guardadas en cajas en todos los pisos, lo sepan ustedes o no, miren cómo llueven los cuestionarios y las fichas de todos los colores: son ustedes mismos, trozo a trozo, y sus exquisitos pequeños YOS íntimos no tienen más que desaparecer ante los hombres que ustedes son para los demás. Ni



Bajo la presión de una sociedad cuyos motivos son muy discutibles,
la vida privada se resquebraja, se llena de agujeros
y se hace permeable como un encaje. Se trata de una ofensiva formidable
y solapada, que no se podrá detener fácilmente...



EL FIN DE LA VIDA PRIVADA



siquiera puede llevarse a cabo un inventario completo. A sus múltiples niveles sería más detallado que la vida entera. Sus innumerables identidades son, a veces, vastas e imprecisas como una muchedumbre. O si no, están tan ajustadas que cada uno de ustedes se encuentra solo en la casilla impresa.

UN HOMBRE DESPANZURADO

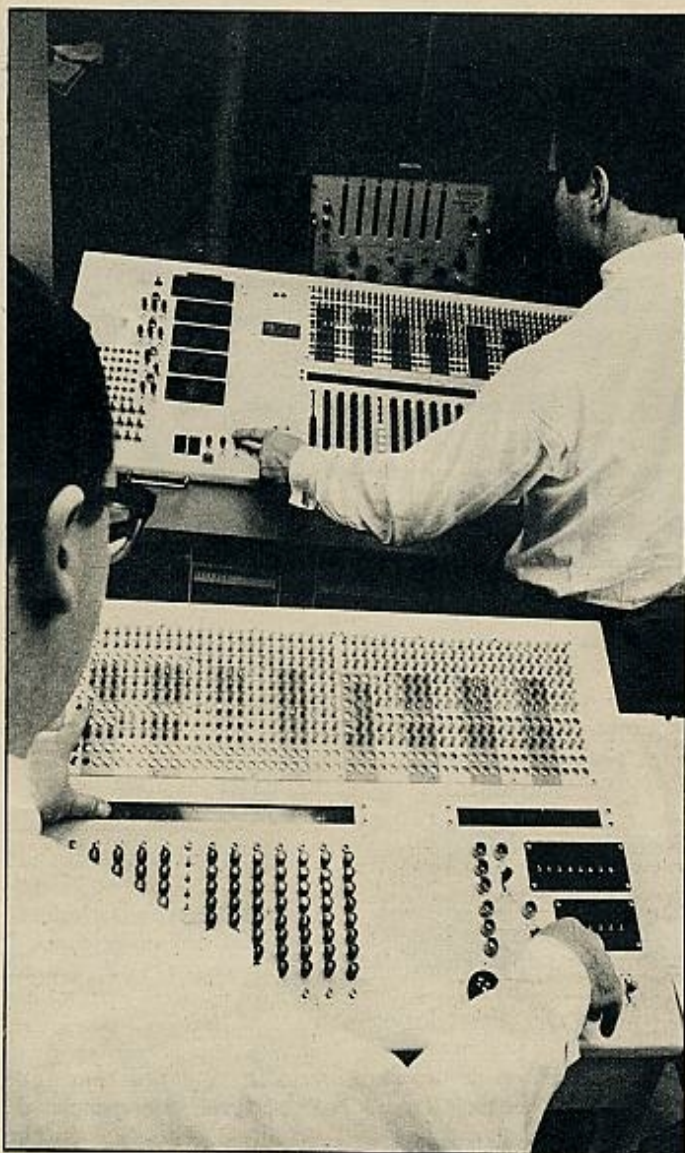
Existe, por ejemplo, el censo general de todos los ciudadanos entre los que usted no es más que un átomo estático. Está el registro civil y el libro de familia, el libro escolar y el universitario, la cartilla militar; está la Seguridad Social, la Medicina del Trabajo, las fichas del dentista y del médico, quizá un chequeo que hace balance de sus secretos anatómico-fisiológicos, y el rastro indeleble de los tests de personalidad. Están los informes del fisco, del catastro, de los innumerables seguros, de los bancos, de las sociedades de crédito, las multas, están las fichas de las empresas y de las asociaciones profesionales; existe el rastro de cada uno de los cruces de frontera, los informes de la aduana y las encuestas de las compañías de aviación: ¿Viaja usted por negocios, por gusto, por qué? En algún lugar existe una ficha de todos los hoteles donde usted ha pasado una noche. Están los informes de prospección de los vendedores de coches, de barcos, de chalcos, de lavadoras, que envían amablemente sus catálogos y sus anuncios de rebajas; están los clubs deportivos, de vacaciones y de recreo que guardan un recuerdo emocionado de usted; están, naturalmente, las diversas policías que no le olvidan; están los confidentes, los camareros y las porteras; están todos los accidentes particulares de la vida; la librería en la que, de adolescente, robó usted un libro y dejó ignominiosamente su nombre en prenda; está... Usted ha firmado, le han inscrito, ha dejado un rastro, desde una pequeña información hasta toda una biografía, es usted un hombre destripado.

Naturalmente, esta constata-

ción de inventario no tiende a impugnar la ficha en bloque, en cuanto tal. La ficha es el rescate de la vida social. Mientras el registro civil se quede con las suyas, el médico con las que le corresponden y el informe del mal pagador en los cajones del comerciante perjudicado, el individuo medio puede defenderse. Todo descansa en el secreto profesional. Desgraciadamente, el referido secreto no es, ni puede ser, absoluto. Algunos casos son claros, incluso si no resultan edificantes. El sacerdote y

el médico pueden resguardarse tras el secreto, el policía también, para no quemar a sus confidentes, y la cosa resulta bien cómoda. El periodista no tiene derecho a ocultar sus fuentes: se le condenaría en el acto. Pero donde las historias de secreto y de fichas chocan inmediatamente con la vida privada es en los pequeños favores intercambiados a otros niveles. En principio la ley es contraria a ello, pero sin embargo se trata de algo que ha entrado en las costumbres.

Las técnicas de control del individuo no están todavía muy desarrolladas en Europa: son rutinarias, empíricas y relativamente discretas. Lo justo para provocar miniescándalos y una vaga inquietud. Pero en los Estados Unidos se alcanzan proporciones sorprendentes...



LOS COSTOS DE LOS PAPELES

Un obrero se presenta en la casa X... para pedir un puesto de soldador. Viene de la casa Z..., pero no dice por qué. Es su más elemental derecho. X... telefona a Z..., que se muestra encantado de ejercer su revancha... «¿Fulano, dice usted? Espere, que me traen su ficha. Bueno, trabaja bien, pero quiso imponernos una sección sindical. Muy revoltoso, sí. Logramos deshacernos de él...». El obrero no será contratado. El telefonazo es abusivo, la ficha comunicada va más allá de las informaciones objetivas publicables. Por todas partes se practica el mismo juego, sobre todo entre los establecimientos de ventas a plazos. «¿Dice usted que Mengano es mal pagador? Gracias, tendremos cuidado». Abusivo. El comerciante lo que tiene que hacer es pedir garantías al cliente. Eso es todo, incluso si se trata de algo difícil o aleatorio. En Europa estas diversas técnicas son aún rutinarias, empíricas y relativamente discretas. Lo justo para provocar miniescándalos privados y una vaga inquietud. Los americanos están mucho más adelantados. Un periodista amigo mío acaba de recibir una carta de los Estados Unidos, sencilla y muy oficial: «Tenemos la intención de contratar a Perengano como periodista. Usted le conoce. ¿Es bueno? ¿Tiene buena conducta, buena moral?». Por qué no probar, al fin y al cabo...

Todavía no hemos llegado a eso, y el desafío americano aún no ha sido aceptado en materia de reclutamiento eficaz. Ya llegará. Puesto que el crédito es el nervio del comercio, las oficinas de encuestas económicas se multiplican. Existen despachos lamentables con baldosines grasientos y secretarias rancias que «hacen» los costos de los papeles. Hay también sucursales muy poderosas, como la sucursal francesa de Dunn y Bradstreet, gigante americano del sondeo financiero, cuyos abonados pagan las informaciones a precio de oro. Se parecen a la CIA o se embosquen en una trastienda, estas empresas

El hombre del siglo XX no es un campesino de la Edad Media: es un cliente o una herramienta. Conocerle es un asunto de fichas
Hay organismos especializados en la venta de hombres fichados, en la prospección comercial.
Las más insólitas manías, las costumbres más secretas están clasificadas...



no pueden, salvo excepciones, contentarse con los informes públicos sobre el capital invertido o el consejo de administración de las sociedades visadas. El resto se obtiene por amistades, por intercambio, por un conocido de un banco, por deslices. Desde luego, gracias a las fichas.

En Estados Unidos, la puesta en tela de juicio de la vida más indiscutiblemente privada, en nombre de objetivos superiores —lo que no equivale a interés general—, alcanza proporciones espantosas y por razones opuestas a lo que ocurre en el

Este. Esto es interesante, ya que, a nuestro ritmo prudente, vamos derechos a ello. La eficacia neocapitalista lo exige.

En general, la contratación de un empleado americano se parece al reclutamiento de un agente secreto en una película de James Bond. Para tener una oportunidad, el postulante debe responder a preguntas muy íntimas, algunas de las cuales, de doble sentido, actúan como reactivo. Impugnada por los magistrados, la máquina-detectora-de-mentiras es de uso corriente a título privado. Puede rechazarse, naturalmente, pero

esto constituiría una mala nota en el dossier, y de algo hay que comer.

CLIENTE Y HERRAMIENTA

En un libro escrito hace cuatro años —luego las cosas han ido muy de prisa— y titulado «Una sociedad sin defensa», el sociólogo americano Vance Packard da cifras y hechos que no dejan la menor escapatoria al mito de la vida privada. Los estudiantes de determinada Universidad, por ejemplo, deben llenar fichas de doscientas

o trescientas preguntas, algunas de las cuales rozan lo escabroso. Así están las cosas. Hay que racionalizar la enseñanza, saber con quién tiene uno que habérselas. Trece millones de americanos, es decir, la quinta parte de los asalariados, han sido objeto —entre otros— de una encuesta sobre la lealtad. La «Retail Credit Co.» ha fichado a cuarenta y dos millones de personas para la venta a plazos. Emplea a 6.000 encuestadores, posee 1.500 sucursales u oficinas, y se ocupa también de encuestas por cuenta de las compañías de seguros.



Naturalmente, no se limita a los informes oficiales. Todo vale, incluidas las fichas de los demás a título de revancha.

Para quienes quieren trabajar seriamente, contratar y vender en las mejores condiciones posibles para hacer beneficios en interés de todos, nada es más molesto que los individuos y sus barreras privadas. Están por encima de eso. El hombre del siglo XX no es un campesino de la Edad Media, y aún menos un burgués liberal: es un cliente o una herramienta. Conocerle en tanto que tal es asunto de las fichas. Hay organismos especializados en la venta de hombres fichados, en la prospección comercial llamada todavía «mailing». Por ejemplo, por 15 dólares usted puede hacerse con los nombres de los 84.000 americanos que, el año pasado, compraron productos tendentes a asegurar su virilidad. Siempre puede usted venderles slips... Si quiere usted alcanzar un mercado más amplio, los nombres y señas de los «500.000 recién casados del año» le costarán más baratos, y así sucesivamente. La «Dunhill International List Co.» es quien reina sobre este comercio de sombras.

También pueden venderse y comprarse nombres en pequeñas cantidades, casi a la unidad, para un empleo más restringido. Entonces los ficheros de los comerciantes ya no bastan. Los nombres bien elaborados pueden valer a dólar la pieza o más. Para dárselos a las empresas, las oficinas de encuesta hacen que se les abran los dossiers más cerrados, los más confidenciales. La información circula, se va a su busca como a la busca de un tesoro. Una sola firma emplea a 15.000 detectives privados, casi todos «amateurs» avisados. Por 300 dólares encuentran un informe médico sobre cualquiera. Entre otros ficheros, la policía americana lleva al día el dossier secreto KSD («Known sexual deviates», «Perversos sexuales conocidos»). Si usted necesita meter la nariz en él para hacer presión sobre un asociado, para dejar fuera de juego a un competidor o para proceder a un pequeño chantaje, la firma le consigue en dos horas una foto-

copia de la ficha en cuestión, aunque resulte bastante caro.

UN ESCOBAZO

Vamos a lo mismo, y es lógico. Todavía nos falta un poco de obstinación y fuerza moral. En asunto de fichas el que hace distinguos entre los informes obtenidos de buen grado y los robados nunca será más que un aficionado.

Las técnicas de efracción de la vida privada han hecho progresos considerables, que responden evidentemente a una demanda imperiosa. Ya hemos hablado aquí de simpáticos gadgets electrónicos en miniatura que, por ejemplo, en forma de píldora emisora en el teléfono, permiten a los maridos ausentes escuchar la música interpretada en la habitación conyugal. Los micrófonos direccionales ultrasensibles, las cámaras «voyeuses» «Peeping

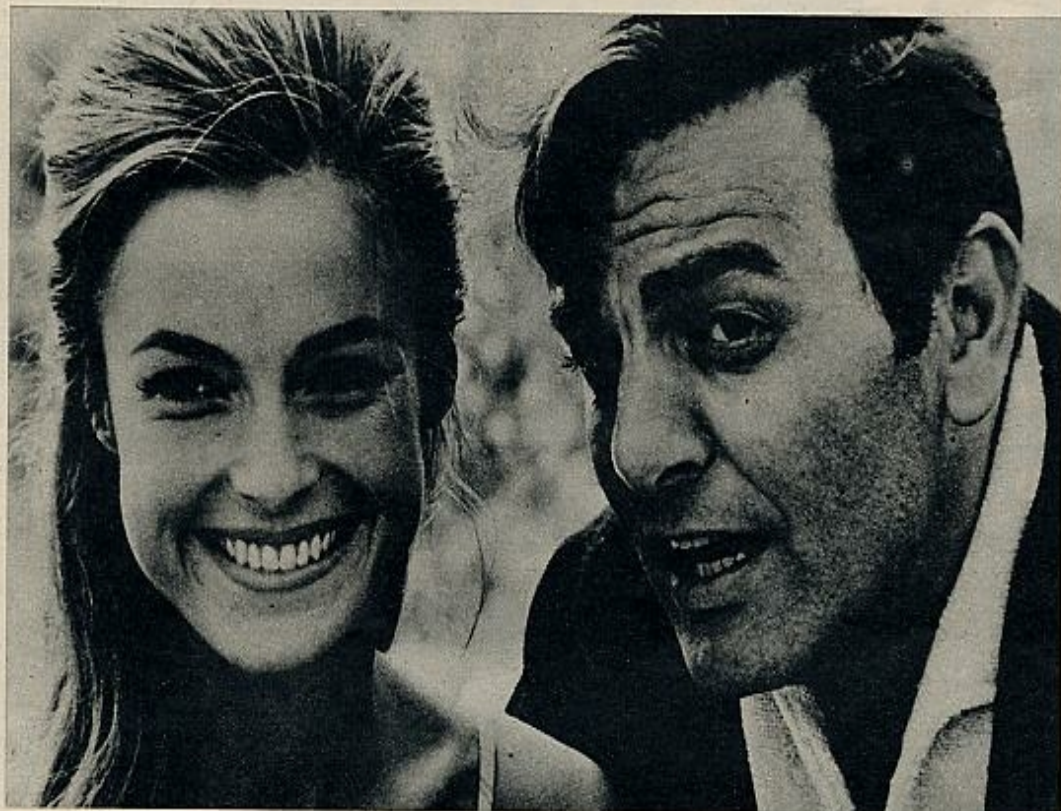
Tom», los auriculares ventosas y los magnetofones secretos son casi artículo de consumo corriente. Los magistrados americanos han reaccionado. Ahora la escucha clandestina es asimilada a una violación de domicilio. ¿Y qué? Me han contado que un gran jefe francés ha instalado pequeños sistemas en el teléfono. «Sí, su idea es genial, señor presidente» —decían los directores respetuosos en torno a la mesa de conferencias—. Un poco más tarde, en su despacho, el jefe pulsaba un botoncito y escuchaba unos comentarios más espontáneos: «Pero bueno, ¿has oído al viejo? Está completamente chocho». El viejo reaccionó en consecuencia...

UNA CUENTA PELIGROSA

Un día la asistenta —en casa, en la oficina, depende— da un escobazo «desafortunado» en

un cristal. Nada de anormal. Hace que venga un cristalero. Sigue siendo normal. Sólo que el vidriero, la mujer de la limpieza y los enemigos de usted son tremendos. Ese cristal que le colocan está viciosamente polarizado. Enfrente, a treinta metros de allí, sin que usted pueda detectar el más mínimo micrófono, un señor oye todas sus conversaciones. No hay quien pare el progreso. En Estados Unidos, los niños compran juguetes-espías para escuchar a sus padres y a sus amigos. En una Universidad, unos estudiantes afiliados a la «John Birch Society» intentaron cazar a un profesor progresista con un micromagnetofón. Esto actúa en dos sentidos: por otra parte, la administración hace vigilar las habitaciones de estudiantes con micrófonos escondidos para localizar a los libidinosos y a los contestatarios. Siempre puede necesitarse un «Peeping Tom» en casa. Como decía un fabricante de

Mannix, el superdetective de la TV, queda a la altura de un modesto aficionado si lo comparamos con los megacomputadores del futuro. El Gran Tecnócrata sabrá todo y todo lo tendrá previsto: conocerá nuestro pasado, lo que pensamos en el presente y lo que seremos en el futuro...



Los Césares consultaban a sus adivinos antes de ir a la guerra

Hitler consultaba a sus astrólogos (y Churchill contrató también a una serie de astrólogos para que le dijeran qué podían haber dicho a Hitler los sugos y prever así las iniciativas militares del enemigo...)

EL PENTAGONO CONSULTA A HERMANN KAHN

¿Quién es Hermann Kahn?

Hermann Kahn es uno de los sacerdotes técnicos de nuestro tiempo

SU SUEÑO ESTA EN EL FUTURO

Tiene a su alcance enormes medios económicos y científicos, dispone de la más gigantesca organización mundial, de legiones de especialistas, de macrocerebros electrónicos que superan a todo lo imaginado por la ciencia-ficción...

Y todo ello para estudiar el futuro

Hermann Kahn y su ejército científico, que reúne la quintaesencia de la tecnocracia, han realizado un estudio disculido y apasionante.

EL AÑO 2000

- **¿Cómo será la vida dentro de treinta y tres años?**
- **¿Habrá dominado el hombre las enfermedades?**
- **¿Se habrá descubierto el misterio de la existencia?**
- **¿Cómo estaremos organizados?**

triumfo

PUBLICARA EN UNA EXTRAORDINARIA SERIE LAS CONCLUSIONES DE HERMANN KAHN Y SU EQUIPO

EL FIN DE LA

gadgets-espías, no hay problema: los que protestan contra la vigilancia son precisamente los que hay que vigilar, incluso en los retretes, a causa de los «graffiti».

Incluso bien empleados, los miniespías no constituyen un peligro importante —no un peligro total— para la vida privada. Forman parte de un sistema y se desarrollan conforme a ese sistema. Sin ser experto en ciencia-ficción puede decirse que el gadget-ladrón aún tartamudea. Combinado con otros aparatos, con electroencefalógrafos, escondidos en sombreros, con gafas para descifrar las emociones por la mirada, lectores labiales, verrugas grabadoras, con cualquier cosa, el espía electrónico omnifuncional podrá acabar por saberlo todo. Quedan miles de posibilidades técnicas por explotar. Un dispositivo sin importancia, fabricado en Francia, hace funcionar el claxon de un coche cuando la atención del conductor decae y las manos no sujetan el volante como es debido. Eso no es nada, pero haciendo combinaciones seguro que hay mucho que hacer en este sentido y en otros. Todos los medios, electrónicos o no, convergen. El gadget, en sí, es mucho menos importante que el desarrollo de la informática, y el modo como hoy pueden hacerse circular y sumar las informaciones. El puzzle se elabora de incógnito y, de repente, aparece el resultado ante los ojos espantados de las víctimas. El fin de la vida privada no consiste en las lesiones de detalle, ni en cada pequeña ficha aislada, sino en la síntesis que de ellos puede dar el computador.

Nuestras instituciones están mal armadas frente a esta corriente poderosísima. La fuerza de la ganancia máxima, la necesidad de racionalizarlo todo y de subordinarlo todo que caracteriza al neocapitalismo eficaz, va mucho más de prisa que el derecho. En Francia todavía se identifica la violación de la vida privada con las marranadas banales de la prensa escandalosa. Es cierto que la tirada de «France-Dimanche» y de «Ici-Paris» —2.600.000 ejemplares en total, es decir, 8.000.000 de lectores— da qué pensar:

pero la vida privada de Brigitte Bardot y de Gunther Sachs, precisamente, y por definición, no es tal. El artículo 1.382 del Código Civil francés, que data de Napoleón, dice que «cualquier hecho humano que cause un perjuicio a tercero obliga, a aquel por cuya culpa ocurrió, a repararlo». Ahora bien, la vida privada es un derecho. En principio, lesionar un derecho causa un daño. Se trata, pues, de definir la vida privada. A falta de cosa mejor se dice que es la vida no pública. En rigor, con este sabroso axioma, podrían confiscarse unas fotos de Brigitte Bardot, pero frente a lo que puede hacer un computador abarrotado de fichas abusivas eso no es nada. Una vez más, el terrible gigante que crece es el computador, pero no cualquier computador. Todo lo demás gira a su alrededor.

UN SOLO CEREBRO

Se dice que con sus pequeñas máquinas localizadoras de asinos el jefe de Mannix da risa. Las fichas, los gadgets, la venta de nombres no son más que empirismo y transición entre ayer y mañana. Si los encuestadores se dedican a comprar, a cambiar o a robar ficheros es porque hay varios. Pero, ¿y si un día hubiera uno sólo? El caso está previsto. Los impávidos genios de la tecnocracia piensan en ello suspirando. Nos preparan un tiempo en el que, al fin, el desorden caro y tonto habrá desaparecido gracias al **overall computer**, la memoria integral, al que llamaremos megacomputador. Técnica ya es posible. Nada, en principio, impide reunir todas las fichas, todos los censos de los que hemos dado ejemplos y otros en los que nadie ha pensado todavía en la misma máquina. Los médicos, los comerciantes, el fisco, los maridos celosos y los jefes no tendrán más que abonarse al «cerebro» y serán servidos a su gusto. Para hacerse una idea del inimaginable resultado hay que recordar que un computador no es un armario ropero: com-



VIDA PRIVADA

bina dinámicamente las operaciones, las hace reaccionar unas sobre otras para extraer elementos nuevos. Sabrá más sobre uno que uno mismo. Conocerá sus posibilidades, sus inhibiciones, sus ansiedades, sus vicios, ordenará su porvenir hasta la hora de su muerte, que estará prevista con anticipación.

Con los viejos sistemas policíacos podía uno defenderse:

te, tomar una amante pelirroja e irse a vivir a Guadalajara. ¿Por qué? El megacomputador lo ha dicho, y él sabe. Saber es poder. Poder es actuar.

UNA TARJETA FLUORESCENTE

En último término podría «tabicarse» el megacomputa-

las reticencias jurídicas, el megacomputador está en el aire. Se lo imagina uno en acción en un país fascista, stalinista o, simplemente, capitalista, pero sin fallos ni debilidades, dedicado sólo a la conquista metódica de la abundancia. Con la ayuda de los trasplantes y la eugenesia de vanguardia, en fin, a través de fichas y megacomputadores, el hombre sería dueño de su destino. Al lado de ese

bién ser abusivo. Los franceses que rechazan el impuesto sobre la renta, el registro mercantil o los comités de empresa en nombre de la libertad y del secreto privado no son mucho más virtuosos que el megacomputador. Sea cual sea la sociedad futura, el individuo deberá arrojar lastre, pero no en cualquier régimen ni a favor de una colectividad trucada. Algunas de las reticencias de que

Un computador
sabrà más sobre nosotros
que nosotros mismos:
conocerá nuestras
posibilidades,
nuestras inhibiciones,
nuestras ansiedades,
nuestros vicios
y nuestras virtudes,
ordenará
nuestro porvenir
hasta la hora
de la muerte, que estará
prevista
con anticipación...
Su poder
será inimaginable.



con el megacomputador objetivo y glacial, sin fallos de memoria, ya no quedará la menor oportunidad, no sólo de tener una vida privada, sino ni siquiera de tener una vida. ¿Ha comprado usted una corbata, ha comido langosta, ha ido a Capri, tiene úlcera de estómago? Bueno. Unas bombillas se encienden y se apagan y llega el veredicto: tiene que comprar un coche determinado y no otro, divorciarse inmediatamente

por, ponerle puertas, un plazo. El médico a la busca de un resultado de chequeo, por ejemplo, tendría su tarjeta fluorescente exclusiva, y sólo ésa. Pero esto sería limitar el poder del computador, y se hace difícil imaginar un freno lo suficientemente poderoso para proteger al Gran Tecnócrata de la irresistible tentación de saberlo todo y reglamentarlo todo. En Estados Unidos, a pesar de

destino, Kafka y Jorge Luis Borges parecerían alegres románticos. Uno piensa, por lo menos, en un George Orwell que fuera serio. Con esto está dicho todo.

No hay que engañarse. Desconfiar del megacomputador no quiere decir que se tome la vida privada ni la integridad del estatuto individual como el único criterio de todo. Nacido en 1789, el individuo sabe tam-

se habla respecto de, la informática no van precisamente en ese sentido.

Las «Jornadas de estudio sobre la Informática en la Administración» acaban de celebrarse en París, y, naturalmente, se trató en ellas de computadores y de secretos profesionales. «¡Cuidado! —dijo alguien—. Bastaría con que 10.000 operadores se pusieran en huelga y serían los dueños del país». ■
J. F. H.